

El mundo del libro

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Jaime Paredes

El Libro de los Oficios Infantiles.—Ediciones Tercer Mundo.—Bogotá-Colombia.

En diez y nueve estampas, de un depurado lirismo, el escritor Jaime Paredes, recoge la visión enternecida de niños que pasaron a su vera y él logró captarlos en su simplicidad poética. Estas estampas están trabajadas con amor, pero sin ninguna clase de excesos. Ni verbales, ni imaginativos. La prosa esbelta, se ciñe al niño como un aro de colores. Y las finas evocaciones, tan penetradas de sabiduría, nos dejan una sensación de inacabada tristeza, de tarde neblinosa, punteada por los dedos del agua que cae de un cielo abierto y remoto. Paredes, maneja con suma pericia el lirismo. No galopa en potro desbocado, sino que lo contiene y sofrena con mano dura, que descombra lo innecesario. Lo cual no quiere decir que carezca de una recóndita poesía. Esta se viene "tan callando", que nos anega en brazo de espuma. Y las criaturas de las estampas parecen hablarnos desde un laberinto encantado. El hatillo de la pobreza sobre el pequeño hombro desnudo. La ausencia de las canciones que, con los juguetes, forman el equipaje lírico de la niñez. Humildes hacedores de su propio destino, la vida no los enriquece con galanuras. Pero les deja, en cambio, una experiencia. La de saberse golpeados, sin horizonte, títeres de otros hombres y de sistemas que no tienen sitio para su pequeña esperanza. ¡Pobre luz trémula que se apaga lentamente!

Estos niños están muy cerca de Dios porque son campesinos. Duermen bajo las estrellas o sueñan en camastros horridamente desolados, que acaso el Niño Dios baje, en escala de plata, para ungirlos con su beso. Limpiabotas, carretilleros, lechera, maromero, boyero, carbonero, todos concurren a la cita que les da el poeta y se dejan retratar en su gran prosa castellana con mansedumbre y dulzura.

Trozo de historia colombiana que llega hasta nosotros para despertar consideraciones sociológicas amargas, triste certeza del mundo cuando no es oropel para los ricos, sino negro pan para la boca de los niños, pequeños ángeles destronados.

Los oficios infantiles se realizan con nimia ternura. Los niños saben que ese es su mundo, aunque las ciudades y los poderosos enciendan estrellas, canten a la luz de sus resplandecientes bombillas y existan otros niños que todo lo tienen, en una desigualdad social que los ángeles de los oficios infantiles, no pueden comprender.

Hermoso libro este y evocador. Y bien situado en su tiempo y en su hora. Jaime Paredes cumple así una ennoblecedora tarea de humanísimos contornos.

Jorge Zalamea

El Sueño de las Escalinatas.—Ediciones Tercer Mundo.—Bogotá—Colombia.

Jorge Zalamea mantiene vigentes, por fortuna para nuestras desmirriadas letras y letrillas, ciertos cánones estéticos que han ido desapareciendo bajo el hollín de la civilización. Parece que el industrialismo avienta muchas formas de cultura que alimentaron la raíz espiritual de nuestros pueblos. Sus aceradas agujas pasan destripando el zurrón de los nobles decires, las voces roncadas y antañonas, la carga energética de los vocablos. Se requiere una tremenda voluntad de servicio estético para mantenerse a flote ante la avalancha materialista. Zalamea ha sido, y sigue siéndolo, un insigne prosador. Con densidad, superficie y brillo. De los hontanares neblinosos del idioma español, rescata palabras que tiritan inéditas. Porque es un gozador ávido de la energía creadora del vocablo. Y sabe redondearlo, pulirlo, tensarlo como arco listo a dispararse. De ahí que todos sus trabajos intelectuales —ensayos literarios, apreciaciones sociológicas y económicas, estudio de la realidad americana, biografía de los escritores que han hecho la cultura—, tengan un sello peculiar y particular, convirtiéndose en obras de arte. Libros suyos como Nueve Artistas Colombianos, El Mundo Maravilloso de los Libros y otros serán siempre auténticas joyas de nuestra literatura. Un subyacente vigor lírico, la opulencia de los conceptos, la taladrante certeza del deslumbramiento, le otorgan un lugar esencial en la marcha de las ideas.

El Sueño de las Escalinatas participa de las mejores calidades de Zalamea. Madurez en el concepto, luz que ciega en el lenguaje, imaginativos recursos para que el hombre, animal desolado y sufriente, congrege en el atrio de su juicio final a la humanidad para la gran confesión. A la orilla del Ganges, el poeta impreca, clama, hace sonar las trompetas que convocan la ceniza y los vientos iracundos. La muchedumbre descarada, vilipendiada, sin techo, sin una orza de trigo, paupérrima, que habita detrás de los palacios de los poderosos, debe concurrir al juicio. La audiencia está abierta y el poeta ocupará el trípode sagrado. Es una cita con la historia, con las razas, con todo lo viviente, ya esté sepultado bajo el polvo de las edades o siga taladrando el envejecido planeta con sus

dardos afilados o con sus pezuñas de bestia que se refocila en la molicie. Hedor de muchedumbres, tullidos, leprosos, "intocables", todos deben estar presentes. Y el poeta, ciego demiurgo, ahora juez, habla:

"Que cada palabra mía fuese ahora como piedra de cien filos: llave inmisericorde que abra y destroce todo corazón. O como dentellada de lobo que tiene prisa por llegar a la entraña palpitante de la presa. Pues mi pobre corazón está desnudo y llagado viendo llegar a las escalinatas la delegación de mi pueblo: mis hermanos, mi más inmediata semejanza".

Todo el libro está cuajado de resplandores. Es cierto que en sus páginas palpita una rebeldía sin sosiego, falta el cuenco de la fe para que abrevén las muchedumbres. La protesta social, encendida, silbante, barroca, no deja asidero a la esperanza. Pero nadie podría negar la fuerza palpitante, escultórica, de muchas de las sentencias que contiene el libro. Que no es un bello apólogo rodoniano, sino una protesta viril por los hambreados y desorbitados de esta costra terrestre.

El Sueño de las Escalinatas, confirma, pues, las egregias calidades literarias de Jorge Zalamea, un escritor que tiene estilo propio y sabe dignificar la tarea que compromete la vida de un hombre que aspira a respirar el ancho clima de la libertad.

Fernando Arbeláez

Canto llano.—Ediciones Ministerio de Educación Nacional.—Bogotá.
Colombia.

La poesía es un ejercicio que convoca la sangre y el espíritu. Desde Homero hasta hoy. Hablamos de la verdadera poesía, o sea, aquella que transmite un mensaje, dorado y cifrado como las estrellas. Dividir arbitrariamente las escuelas poéticas e ir condenando a la hoguera aquellos que nos antecedieron en el tiempo, es una insigne tontería. Como todo nihilismo del espíritu, lleva el germen de su propia destrucción. Surgen, con el tiempo, "maneras" "estilos del cantar y del pensar", que dijera Eugenio D'Ors, pero la poesía como función sacerdotal cumplirá siempre una cita con la desolación del hombre. Y con sus valederas y verdaderas esencias. Si no logra hacerlo, será apenas aproximación, giro en torno de la verdad poética. Por eso mismo, las escuelas literarias, las formas, pueden desaparecer y es seguro que vendrán otras, pero lo que ha de merecer vivir, vivirá, como dice el viejo proverbio hebreo.

Los colombianos tenemos la manía, muy arraigada por cierto, de conceder mucha importancia a las nuevas expresiones poéticas, pero sin detenernos en el cuerpo mismo de la doncella de las canciones. Y lo fundamental estriba en eso. En que los poemas de un poeta determinado, res-

pondan a una reacción peculiar de la sensibilidad, que su lectura colme nuestra angustia o el desasimiento crepuscular de la conciencia. Fernando Arbeláez, por ejemplo, cumple una cita con su tiempo, según gusta de expresárnoslo. Quiere circunscribir su poesía a la época de la cual es testigo. Y esta afirmación es inexacta. El poeta no puede comprometerse con nadie más que con su propio arte. Ahora bien: si refleja el drama de una época determinada, el patético sentimiento de dolor o la luz de una esperanza, tanto mejor. Leyendo a Fernando Arbeláez, es preciso aceptar que, por más que lo quiera, no puede desasirse de la poesía como verdad y belleza, líneas platónicas insubstituibles. Inclusive un romanticismo de fina ley, corre como agua transparente por algunos de sus versos. Consecuencia natural de toda buena poesía. Ya que el verdadero romanticismo es un clasicismo como está establecido. Arbeláez conoce bien los materiales líricos con los cuales viene trabajando hace más de quince años. Pero esta poesía es más lograda, fruto templado bajo los fuegos de cavilación. Ya no es la simple música o el juego de palabras, teñidas con los colores del arco iris. Aquí hay medula, sustancia, recreación.

Completamente original no lo es. ¿Pero quién es original hoy día? Lo que puede hacer un poeta es valerse de los finos instrumentos del arte para transformar sus sensaciones en melodía. La tierra es vieja, su corteza arrugada, la humanidad ya ha vivido y padecido culturas, civilizaciones, en tanta cantidad y diversidad, que lo original absoluto, temblando de ineditez, ya no existe. Arbeláez siente la tremenda desolación de una época en la cual se ensaya la revisión de muchos valores tradicionales. Particularmente en razón de la era industrial que ha traído consigo, el que las masas, los pobres del mundo, los mendigos y tullidos, pidan algo más que las moronas del banquete de Epulón. Y su poesía es una testificación de su tiempo. Pero ciertos bordes que rebrillan, como de joya, nos indican que es poeta sin fronteras, sacerdote de un culto, estilista de su propia experiencia vital. Leamos un poema que sacará avante la tesis expuesta y que, por tanto, entrega la dimensión de una poesía que tiene indudable calidad estética:

CANTO LLANO

I

*Son muy pocas las palabras que se,
muy pocos
los nombres que puedo decir
claramente... Apenas
conozco el comienzo de un celeste abecedario:
Ave, Mano, Promesa, no se muy bien...
Quizás apenas sueño
y pienso en un perfume
o en alguna ventana del océano.*

*No se mucho del viento;
nada se de los árboles y apenas de los hombres...
Tan solo se que escucho atentamente,
que mis labios se queman en silencio,
que vago, así, mirando las ciudades
con mi boca de arenas y deseos.
No se nombrarte Amor... ¿Quizás? No se;
tal vez nosotros dos, tal vez el cielo,
tal vez este pequeño canto que me lleva...*

*Nada puedo decir: solo la noche,
la viva noche clara, y el desvelo.
He aprendido mil nombres. Yo no se.
Máscaras de las cosas que no quiero,
mentido amor en la desnuda sombra,
mentido amor, desesperado fuego.
Miro detrás de las estrellas, miro
los hombres, miro los senderos,
miro mi corazón y busco un nombre
y escucho el corazón y mis recuerdos.
No se. Tal vez escucho las estrellas
en un secreto idioma que no entiendo.*

*Mano, Vino Perfume, simples cosas,
simples, mi corazón contra los vientos,
tan solo mi desvelo y las auroras
y un nombre,
un solo nombre y el silencio.*

Abelardo Forero Benavides

La Historia de Francia.

Escribir una Historia de Francia en la forma como lo ha hecho Abelardo Forero Benavides, es una hazaña de la inteligencia digna de toda admiración. En una apretada síntesis, de rumbos muy seguros, este escritor logra darnos la visión de Francia, con toda su vigencia, desde los remotos tiempos bárbaros hasta hoy. Haz apretado de conceptos, fulgurantes razones, pasión intelectual de muy buena cepa. En verdad, esta Francia constituye un retrato instantáneo pero un parecido con la histo-

ria que narra, ejemplar. Magnífica tarea que consideramos debe ser la iniciación de una serie, en la cual, Forero Benavides, nos deje el rostro de los países que conoce y cuya cultura le ha interesado con pasión admirable.

Ciro Alfonso Lobo Serna

¡Muchas gracias, Don Quijote!

El escritor nortesantandereano **Ciro Alfonso Lobo Serna**, ha escrito este delicioso manual en cuyas páginas va tomando cuerpo el espectral caballero, **Don Quijote de La Mancha**. Sigue tan campante por los mares de la historia, es tan humanísima la vida del caballero del ideal, toda su aventura refleja una época y sus personajes con tan nítida evidencia, que una nueva recreación del tema, en vez de hacerse monótona o pardusca, adquiere toda su vivencia. Y lo ha logrado **Lobo Serna**, mediante el uso de herramientas literarias honestas, que maneja con alcurnia. Estilo el suyo claro y rápido. Sin sentencias o logomaquias. Corre sencillo y puro como un manso arroyuelo. Y **Don Quijote** con su contrapartida, **Sancho**, saco robusto de decires y picardías, hijo legítimo del sentido común, se nos aparecen nuevamente en toda su crepitante esencia. Es un libro de mérito el de **Lobo Serna** y ojalá continúe su tarea de escritor que no han de faltarle merecidas voces de estímulo.